

después caería Sukarno en Indonesia, víctima del Movimiento del 30 de septiembre que, en una represión sangrienta —se habló de quinientos mil muertos— acabó con el revolucionarismo indonesio. Las representaciones chinas fueron asaltadas, los ciudadanos chinos perseguidos y, poco después, Indonesia regresaba con toda solemnidad a las Naciones Unidas. El episodio de la ONU Revolucionaria había terminado.

COMENZABA para China un período de aislamiento internacional. Los países rebeldes, las fuerzas de la oposición revolucionaria, se apartaban de ella. El movimiento comunista internacional se aproximaba más a la URSS o mantenía sus distancias con respecto a los dos países (como en Checoslovaquia o Rumania). Sólo se mantenía con fidelidad Albania, arriesgadamente impotente. Las razones podían ser tristes para Pekín, pero estaban dotadas de realismo. China no podía ayudar con dinero ni con armas: cuando lo hacía, era con una cantidad ínfima en relación a lo que ofrecía la URSS o Estados Unidos. Un país cuyo Gobierno se inclinase hacia China más de lo tolerado era un país con rápido golpe de Estado... Los movimientos prochinos, o maoístas, en los países occidentales han sido y son aún más movimientos románticos que reales amenazas para los poderes: si éstos, en muchas ocasiones, han acentuado su importancia y han recurrido al «peligro amarillo», entre otras cosas, ha sido más por una necesidad de contrapropaganda y de necesidad de aumentar el susto del buen burgués, en un momento en que el comunismo soviético parecía comenzar a perder su capacidad de asustar. La enemistad con la URSS se agrandaba, se producían graves conflictos fronterizos. Y la guerra de Vietnam resonaba en Pekín no como tal guerra de Vietnam, sino como una operación antichina de los Estados Unidos. La revolución cultural no se entendía.

LA política exterior china iba a sufrir entonces un cambio. Lo que en el lenguaje francés de la diplomacia antigua se llama «renversement des alliances» es una expresión demasiado brusca. Pero el hecho es que China ha ido poco a poco relacionándose con los países de Occidente, desde la gran y espectacular reconciliación con Francia —viaje de Malraux, expulsión de los chinos de Formosa de la Embajada de la avenida de Jorge V, ocupación de ésta por los de Pekín— hasta las de Perú y Turquía el 5 de agosto, hasta la votación que acaba de determinar su ingreso en la ONU —en la ONU de los ricos, en la de los revisionistas y los imperialistas, como decía Pekín cinco años atrás— el 26 de octubre, suceso que puede ser seguido de una cascada de reconocimientos que precedan al de los Estados Unidos. Y todo ello, con Kissinger en Pekín, precediendo a Nixon, como máximo exponente del cambio de interlocutores que ha tenido China en unos años.

PODRÍA decirse que el éxito diplomático chino ha sido fulgurante si supiéramos que era este, realmente, su objetivo. Podríamos imaginar que toda la presión de China desde Bandung para acá —y desde antes— iba destinada a ocupar este escaño, estos reconocimientos, y los conseguía con las armas que tenía, con el revolucionarismo. Quizá la idea de la ONU de los pobres y su desaparición no fuese más que una repetición de la historia de la Komintern con que la URSS respondió al bloque mundial, a su transformación en la Kominform (Komintern, de marzo de 1919 a marzo de 1943; Kominform, de octubre de 1947 a abril de 1956), y el arma para el puesto de honor en el mundo.

EL puesto de honor en el mundo es el del Consejo de Seguridad, que puede ocupar ya cuando quiera. El derecho de veto, compartido con las otras naciones que ganaron la guerra —Estados Unidos, Unión Soviética, Francia y Gran Bretaña— fueron llamadas grandes, y que resultan ser hoy, no por casualidad, las que poseen el arma atómica. Probablemente más que a la diplomacia china, a su presión revolucionaria, a su enemistad con la URSS y al nuevo perfil del asiático, se debe a su bomba de hidrógeno y a sus cohetes portadores del arma nuclear a lo que China debe su puesto en la ONU.

SE preguntan ahora los occidentales moderados qué va a hacer China desde ese escaño, desde el Consejo de Seguridad y desde la Asamblea General, y si serían proféticas las palabras con que el despedido delegado formosano se retiró —antes, incluso, de la votación final que iba a serle adversa—, en las que dijo que la China comunista no había podido destruir la ONU por fuera y ahora iba a destruirla por dentro. Se preguntan los revolucionaristas del mundo —y muy especialmente los asiáticos, Vietnam y Corea del Norte— si, por el contrario, van a ser definitivamente abandonados, como se preguntan los ahijados de Estados Unidos en el mismo sector —Corea del Sur, la fortaleza de Formosa, los países de la OTASE—, si van a pagar ellos el nuevo orden triangular. Interrogantes todas ellas inquietantes, sobre todo para sus posibles víctimas.

PERO, en cualquier caso, el ingreso de la China de los 700/800 millones de habitantes, del arma atómica, de la pujanza creciente, en las Naciones Unidas parece que ayuda a completar un mundo incompleto, y a afrontar los problemas pendientes, o algunos de ellos, de una forma eficaz y realista. Por ejemplo, el del desarme. Por ejemplo, el de la nueva ordenación de Asia, sin la cual no hay paz posible en el mundo. Ciertamente, para aquellos que no viven dentro de la paz, el espejismo de la paz de los otros es un triste consuelo.

URUGUAY: EL FRENTE AMPLIO

Toda la historia política de Uruguay consiste en la división entre dos partidos: Blancos y Colorados. Lord Bryce escribía en 1912: «Todo niño o nace de los Blancos o nace de los Colorados, y muy pocas veces cambia de color». Hoy, los dos partidos representan una misma derecha, con escasísimas diferencias de matiz. En tiempos, dirimían sus diferencias a tiros —la Guerra Grande de 1843— y el color de sus uniformes fue el que les dio su nombre (los Blancos eran entonces Azules, pero la lluvia destiñó sus uniformes y cambiaron de nombre). Los Blancos, terratenientes, propietarios, españoles o herederos de españoles, representaban el conservadurismo; los Colorados eran lo que llamaríamos progresistas, se aglutinaban entre los nuevos inmigrantes, principalmente italianos (Garibaldi fue a Uruguay y luchó junto a ellos). Los escasos matices de diferencia que pudieran encontrarse hoy responden levemente a esa diferenciación.

Colorados y Blancos se turnan en el poder eternamente: los Colorados lo ocupan ahora, con el Presidente Pacheco Areco. Pero el 28 de noviembre se celebran elecciones presidenciales y surge, por primera vez en la historia de Uruguay, un tercer partido o, mejor dicho, una tercera agrupación, con carácter de izquierda y nombre de Frente Amplio. Es una coalición del partido comunista, el demócrata cristiano, el socialista y algunos disidentes de Blancos y Colorados. Su candidato es Liber Seregni, general retirado.

Se discute en la elección, en primer lugar, la posibilidad de modificar la constitución y permitir que Pacheco Areco se presente a la reelección (los partidarios de esta fórmula son los «reeleccionistas»). En segundo lugar, luchan entre sí varios candidatos Colorados y varios candidatos Blancos. Cada partido puede presentar varios candidatos. Esto no supone división de fuerzas, porque en Uruguay existe la curiosa Ley de Lemas, por la cual el mayoritario de cada agrupación política se beneficia de los votos de los candidatos minoritarios presentados bajo el mismo «lema». Finalmente, este año no se decide solamente la supremacía de Blancos o Colorados, sino la posibilidad de que las dos fuerzas tradicionales pierdan su dominio ante el Frente Amplio y Uruguay sea el segundo país de Hispanoamérica —tras Chile— que dé una derivación hacia la izquierda por vía electoral.

¿Qué ha pasado para que esté en peligro siglo y medio de predominio? Hay un caos económico, administrativo, educativo, moral, en lo que un día se llamó «Suiza de América» (y quizá fue siempre un mito). Y han aparecido los Tupamaros. Los

Tupamaros no han podido tomar el poder, pero el poder no ha podido con los Tupamaros. Pacheco Areco ha tenido que enfrentarse a esta crisis endureciendo su régimen, dando paso a la represión. Pero no ha conseguido conjurar la amenaza de los Tupamaros y, en cambio, ha producido el malestar obrero, estudiantil, financiero y de la clase media, de la burguesía. Los obreros han sido militarizados en varias ocasiones, se han declarado fuera de la ley algunos partidos políticos, se han cerrado periódicos. Entre la acción revolucionaria de los Tupamaros y la contrarrevolucionaria del Gobierno, amplios sectores de la población han sido aplastados. Buscan horizontes.

Retratados por sí mismos, los del Frente Amplio pretenden una restauración de la democracia, de las libertades individuales y políticas, la entrada en los tiempos nuevos de Chile y otras naciones hispanoamericanas. Retratados por Blancos y por Colorados, los del Frente Amplio representan el peligro comunista, la vía libre al marxismo.

El general Liber Seregni fue Colorado (como su nombre italiano podía indicar). Dentro del partido, militaba en el ala más progresista y aparecía como constitucionalista y demócrata. Fue jefe de la Primera Región Militar en el momento en que se acentuaba la dureza del régimen de Pacheco, y dimitió. Se unió al Frente Amplio, y dentro de él, el 26 de marzo fue proclamado candidato a la presidencia por doscientas mil personas, en un acto espectacular.

¿Qué posibilidades tiene el Frente? Hasta ahora son indecisas: en la última encuesta, el 35 por 100 del censo se ha declarado sin opinión. Por otra parte, se emiten rumores de que en el caso de una victoria electoral habría un pronunciamiento militar de la derecha; Seregni declara que no lo cree posible por la tradición democrática del Ejército y su cansancio de la utilización que hagan de su fuerza las oligarquías civiles. Hay también la posibilidad de fortalecimiento con apoyo americano de una «izquierda blanca» que se apodere de los objetivos del Frente Amplio. Es la que dirige el senador Wilson Ferreira Aldunate, que manifiesta su deseo de nacionalizar la Banca y realizar una reforma agraria moderada.

La izquierda en general parece haber acallado por ahora su vieja disputa entre los partidarios de actuar dentro del sistema en lo que las leyes permiten y los partidarios de la acción directa y guerrillera. Estos últimos, los Tupamaros, han cesado prácticamente sus actividades para dejar paso a las posibilidades del Frente Amplio. ■ JUAN ALDEBARAN.